

nominado *La Hermita de Santa Fe*, y ha concluido otro con el título de *El Alcaide de Palacio*.

Con la aparición de nuestro fénix, renació el embrionario teatro de México, que después del conspicuo Don Fernando Calderón y el célebre Rodríguez Galván, sólo había dado efímeras y fugitivas señales de su existencia. Por esta sólo circunstancia merece Peón altísimo lugar en la escala de las celebridades nacionales, pues consiste su mayor mérito en haber dado solidez y firmeza á los cimientos de nuestro teatro.

Y no ha sido estéril su obra.

La escena mexicana, experimentando la delicia de una sávia juvenil despierta alborozada de su prolongado letargo, para vivir de nuevo á la radiante luz del arte y de la gloria.

FEDERICO CARLOS JENS.

México, Noviembre 1º de 1885.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

ECOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los lábios
Y en la fabla del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historia de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

I.

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.

Y acaso sin sentirlo,
 Y acaso sin saberlo,
 Cadencias en las notas
 De un arpa que yo tengo,
 Sonidos en mis cantos,
 Ideas en mis versos,
 Confusas armonías,
 Y aroma en mis recuerdos,
 Amor en mis canciones,
 Baladas en mis sueños,
 Brotaron á raudales
 Del fondo de mi pecho.
 Hoy fáciles germinan,
 En flores desenvueltos,
 Al rayo poderoso
 Y ardiente de un sol bello.
 Bebieron sus raíces
 La sávia de un sendero
 Que riegan á torrentes
 Las lágrimas que vierto.
 ¡Ay! quiera Dios encuentren
 Alivio mis tormentos,
 Cantando mis dolores
 Del mundo en el desierto!

II.

Tal vez no existes: acaso
 Eres la imagen de un sueño,

Que deleitó mis sentidos,
 Y embargó mi pensamiento,
 Más ha de ser realidad
 Aquel hermoso embeleso,
 Pues como te ví, dormido,
 Te estoy mirando despierto.
 Tal me parece que escucho
 A todas horas tu acento;
 Que se refleja en mis ojos
 La luz de tus ojos negros;
 Que en la palidez marmórea
 De tu semblante hechicero,
 Sus álas de oro y de nieve
 Posa mi espíritu inquieto;
 Que cerca del pecho mío
 Siento el latir de tu pecho;
 Que me quemas con tus lábios,
 Que me abrasas con tu aliento!
 Y te palpo y no te toco,
 Y te busco y no te encuentro;
 Y me enloquece tu sombra,
 Y me embriaga tu recuerdo!
 Y así, sin saber lo que eres,
 Harto sé que eres mi dueño,
 Que te llevas mis dolores
 En las lágrimas que vierto;
 Que flotando en el espacio
 Como una visión te veo,

Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III.

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas;
Porque no tienen lengua los suspiros!

IV.

Cuando al ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
A quién, dí, sonreías,
Aterradora estátua?
¿A quién estabas viendo
Cuando á nadie mirabas?

V.

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;

La dulce armonía
Del ave que canta;
La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,
Juventud y gracia;
Tienes el ingenio
Que á tantos les falta;
Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas. . . .
Yo, bien de mi vida,
Solo tengo lágrimas!

VI.

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
A los abismos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnanse polvo
Los edificios.
Si todo es, niña,
Muerte y olvido,
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII.

No sé que ví una vez en tu pupila
 Más negra y soñadora que otras veces;
 Algo de indefinido y misterioso,
 Algo como la luz cuando amanece.
 Te ví un libro en las manos... aquel libro
 Encerraba un poema de desdenes,
 El malestar, la abrumadora angustia
 De un corazón que desgarrado muere;
 El génio herido que al mostrar su herida
 Con el dardo heridor tambien nos hiere;
 Un tesoro de lágrimas y dudas,
 ¡El alma inmensa de Gustavo Becquer!

VIII.

Errantes, leves brisas
 Que arrebatáis los ayes
 Del alma aprisionada
 En su sombría cárcel,
 Llegad hasta su lecho
 En que dormida yace,
 Como en la blanca espuma
 Del mar azul, la náyade.
 Traedme de sus ojos
 El beleño süave,
 La almíbar con que endulza
 Su labio de corales,

Traedme... —pero en vano!
 Si he de pedir en balde... —
 De amor un pensamiento
 Que mis angustias calme;
 Traedme su alma, el alma
 Que la transforma en ángel...
 O no me traigais nada,
 Leves brisas errantes!

IX.

Hay tan dulces ruiseñores
 Cantando en la selva umbría,
 Tan misteriosas cadencias,
 Tan estrañas armonías,

Que no ha de poder, acaso,
 Mi pobre acento, alma mía,
 Herir con sus notas tu pecho sensible,
 Cuando triste llores, cuando alegre rías.

X.

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
 Tu dulce sonreír;
 Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
 De tu talle gentil;
 Cuando suspiro por las horas rápidas
 Que huyeron junto á tí,
 El llanto surca mis mejillas áridas

Y me siento feliz. . . .
 ¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
 ¿Que será de mí?

XI.

Un inmenso placer sentí en el alma
 Cuando te contemplé la vez primera;
 Y mientras más me alejo de aquel goce,
 Es mayor mi tristeza. . . .!

Es que al llegar al puerto con mi nave
 Bañaba el sol naciente la ribera;
 Es que me hice á la mar, que entró la noche
 Y navego perdido en las tinieblas!

XII.

Yo te soñé de niño,
 Y te soñé de grande;
 Soñé de tu belleza
 Los rasgos celestiales;
 De tu mirada pura
 La luz incomparable,
 Y de tu ardiente lábio
 La seductora frase.
 Pero soñar no pude,
 Valiendo lo que vales,
 Que yo lograra un día
 Vencermé y olvidarte!

XIII.

Te podrán ocultar de mis miradas,
 Esconderte muy lejos;
 Poner entre los dos como barrera
 La eternidad del tiempo. . . .
 Pero nadie podrá, porque es muy mía
 Y á nadie se la debo,
 Arrebatár tu imagen adorada
 Del fondo de mi pecho!

XIV.

En alta mar mil veces he mirado
 Huir de mí las olas plateadas,
 Y las unas llegar trás de las otras,
 Y, pasando, perderse en lontananza.
 ¿Donde irán á parar, donde, Dios mío?
 ¿A qué remota y solitaria playa?
 ¿Donde irán á morir mis ilusiones?
 ¿Donde irán á morir mis esperanzas?

XV.

De las horas de tedio y amargura
 De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
 Como guardan las flores el perfume
 De su marchito cáliz en el seno.
 Ví una hermosa doncella que dormía,
 Envuelta en azahar, su último sueño,

Con los ojos sin luz entrecerrados,
 Con los lívidos labios entreabiertos!
 Como la noche cae, así caía,
 Ondulando al bajar, su pelo negro,
 Desde el marfil de su amarilla frente,
 Hasta el marfil de su delgado cuello.
 —¿De quemurió?—De amor, me contestaron,
 —¡De amor!—exclamé yo—pues no lo entiendo..
 Y se pasaron luego muchos años
 Y yo nunca acababa de entenderlo!
 ¿Por qué no habré perdido la memoria?
 Por qué no habré perdido el sentimiento?
 Por qué cuando tu amor me vuelve loco
 Se aparece la muerta en mi cerebro?

XVI.

En los vivos rayos
 Del astro de fuego,
 Tu imagen me guía,
 Y perdido vengo. . . .
 En las frias, tristes
 Veladas de invierno,
 Invisible llama,
 Me quema tu aliento.
 Cuando ya al dormirme
 Me despierta un beso,
 Siento que me tocas,
 Y yo no te siento. . . .

Yo escribo, y la letra
 De mis versos leo;
 Y yo no te miro,
 ¡Y estás en mis versos!

XVII.

De la feroz envidia el áspid negro
 Jamás pudo abrigar el alma mía. . . .
 Mas si llego á saber que amas á alguno
 Me matará la envidia!

XVIII.

Perdona si una frase
 De este amor insensato
 Herir logró importuna

Tu corazón, á mi desdicha extraño. . . .
 Es que rebosa á veces
 El dolor en el pecho infortunado;
 Y sin sentirlo, el alma
 Se escapa en una frase por los labios!

XIX.

Yo me tuve la culpa . . . ahora que lloro,
 Comprendo que fui necio. . . .
 Lo que juzgaba amor, nada más era
 El hermoso fantasma de un ensueño!
 Iluminó el albor de eterno día,

La amarga realidad . . . ! y no hay remedio!
 Cuando me convencieron tus desdenes
 Ya el mal estaba hecho!

XX.

¡Ocúltate ya, soll! . . . quiero la noche
 Como la noche eterna de mi alma,
 Sin una sola estrella en el espacio,
 Tenebrosa y callada!

Encerrarme después en mi aposento,
 Abrirle á las tinieblas mi ventana,
 Mirar y no ver nada, y luego á tientas
 Acostarme en la hamaca.

Allí quedarme inmóvil, silencioso . . .
 Dejar que corran sin temor mis lágrimas,
 Y meditar en su hermosura angélica,
 Y en mi loca esperanza!

Después en la memoria componerle
 Romances y armonías y plegarias;
 Y forjar ilusiones y perderlas
 Después de acariciarlas!

Y después, cuando el sueño me aletargue
 Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
 ¡Con la hechicera luz de aquellos ojos
 Iluminar el interior de mi alma!

XXI.

—“¿Los versos . . . de qué valen?
 ¿Ni quién se ocupa en ellos ?
 Los versos sirven solo
 Para perder el tiempo”—
 ¡Desventuradas gentes
 Y pobres de mis versos,
 Si yo ignorara, hermosa,
 Que tú no dices eso
 Si no supiera acaso,
 Que es tu alma pura un cielo,
 Luceros tus ideas
 Y un sol tu pensamiento!

XXII.

Noches sin nombre, aterradoras noches
 Que sois imagen del castigo eterno,
 ¿Por qué tan largas sois si sois tan negras?
 ¿Por qué tan negras sois si os aborrezco?
 Nada traen las brisas en sus alas,
 No me traen perfumes en sus besos,
 Ni lágrimas de amor en sus gemidos,
 Ni un himno de esperanza en sus acentos!
 La lira que me dió mi desventura
 Desconoce mi mano, y de mis dedos
 Huyen las cuerdas que juntaron antes
 Sus alegres sonidos á mis versos.

XXIII.

Eres tú mi ideal. . . . por luengos años
 Te buscaron mis ojos;
 Y creí que con solo colocerte
 Sería venturoso.
 Ay! y te miro al fin. . . . al fin te veo!
 Y me encuentro tan solo,
 Que me hace falta ya la compañía
 De aquel pesar tan hondo!
 Aquel pesar vivía de esperanzas:
 Ya el imposible es otro!
 Si ya no espero nada, ya comprendes
 Que lo he perdido todo!

XXIV.

En el fondo negro
 De tu cabellera,
 Lucientes y puras
 Como dos estrellas,
 Contemplé turbado
 De amor y sorpresa,
 Brillar una noche
 Tus pupilas negras!
 En el cielo negro
 Como son mis penas;
 Veía una noche
 Lucir las estrellas:

¡Qué lejos brillaban
 Entre las tinieblas!
 Y en su inmenso campo
 Buscaba dos de ellas:
 Miseró! buscaba,
 Calmando mis penas,
 En el cielo negro
 Tus pupilas negras!

XXV.

Me cuentan de un niño
 De blondo cabello,
 Con ojos muy vivos,
 Con lábios muy frescos.
 Me dicen que anoche
 Cayó, como el tierno
 Botón de una rosa,
 Rodando en el suelo.
 Me dicen que aún tiene
 Los ojos abiertos;
 Que nadie al mirarlo
 Diría que ha muerto. . . .
 Me puse al oírlo
 La mano en el pecho,
 Como si sintiera
 Un presentimiento.
 Mañana ¡qué triste
 Pasará el entierro!

XXVI.

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te remuerde

De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama
Y pregunta, si quieres,

Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes, mi bien, de que contestel

XXVII.

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y ligera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos piés, más blancos que la arena,

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los rayos de la luna y las tinieblas
Trazaban á porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios,
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

Ayl aquella mujer, ángel ó nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, mustia y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su alma pura
Guardaba de su amor la imagen bella!

A bismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo. . . . las dudas, las ternezas,
Los gemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel á su presa. . . .!

¡Pobre mujer! pensaba yo dormido,
Ella de amor se morirá, y aquella
Por quien yo moriré, tal vez sonríe. . . .
Feliz bardo francés! . . . ¡pobre Graziella!!

XXVIII.

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
¡El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza
 Envolverme en su lóbrego capúz;
 Flores trae también; pero esas flores
 Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma
 Luchando espiras entre sombra y luz,
 Tiempo hace ya que con su blanca mano
 Me está diciendo adios la juventud!

XXIX.

Yo conozco unos lábios que no tienen
 En justicia, perdón,
 Porque en su estuche de coral encierran
 La almíbar del amor. . . .
 Ni una gota siquiera, ni una gota
 Al pobre corazón. . . .
 ¿Si á lo menos me dieran la esperanza
 Que tanto soñé yo!

Yo conozco unos ojos que no tienen
 En justicia, perdón;
 Porque al herir el alma los esconde
 El párpado traidor. . . .
 Porque dejan la noche en el espíritu,
 La noche del dolor. . . .
 ¡Si á lo menos tus ojos se escondieran
 Como se esconde el sol!

XXX.

No quiero el aplauso
 Del mundo que aturde;
 Son muchas las flores,
 Es mucho el perfume.
 No quiero que un rayo
 Del sol me salude,
 Que al fin me anonade,
 Que al fin me deslumbre.
 Con una corona
 De flores azules,
 Con una caricia
 De tus ojos dulces;
 Con una palabra
 Que yo solo escuche,
 Me basta con eso;
 Que eso me seduce
 Más que los aplausos
 Del mundo, que aturden!

XXXI.

Todas me ven igual; pero en ninguna
 Miré el rayo que arde en tu pupila. . . .
 Tu mirada es amor. . . es que no puedo
 Con otra confundirla!

Con todas me sonrío, por que nadie
 Cuando te ría, estrañe mi sonrisa;
 Mas tú distinguirás la una de la otra,
 Si me amas algun día!

XXXII.

Imagínate un sol de invierno, apenas
 Su luz filtrando en la morena bruma;
 Debajo del follaje más sombrío,
 Como un espejo, un lago sin espumas.

Al piè de unos bambúes casi negros
 Un humilde portal que se derrumba
 Al peso de los años, al azote
 Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
 De un pilastrón cubierto de verdura,
 Una triste paloma, triste y sola,
 Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso,
 Una desmoronada sepultura,
 Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
 Una lózana flor, ni una flor muéstia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
 La lira que cantaba tu hermosura,
 Cubierta con el polvo del olvido,
 Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
 Como serán mis sueños de ventura,
 Cuando siento el dolor que siento ahora,
 Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXIII.

Hoy por primera vez te ví vestida
 Con un vestido negro;
 Y yó pensé, mirándote tan bella,
 Que eras la imagen que encerré en mi pecho.
 Pensé que te escapabas de la cárcel
 En que siempre te llevo;
 Donde te han de encontrar los que te busquen,
 Después que me haya muerto!

XXXIV.

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes
 Que eres el ángel por quién yo deliro,
 Y que te importe ó nó, llore ó sonría
 Qué eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño;
Más sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno!

XXXV.

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa!

XXXVI.

Te dije: "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.
Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
De lirios y azahar,
Tu negra cabellera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar;

Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dán
Al pardo caserío
Que forma tu heredad!
Te dije: "hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar. . . .
Te traigo mis cantares,
Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más:
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad:
Sin límite, y profundo
Lo mismo que la mar!
Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres mas hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!

Y tú ¿quien lo creyeral
 Y tú ¿qué me has de dar,
 En cambio de mis huesos
 Y en cambio de mi afán?
 Ay, Patria ¡del sepulcro,
 Tal vez la dulce paz. . . .
 Que lo que yo ambiciono,
 Eso no me darás!

XXXVII.

Fuera el mayor insulto que me hicieras
 El llamarme tu amigo:
 O para tí soy todo, ó no soy nada:
 ¡La cumbre ó el abismo!

XXXVIII.

Yo siento que en mi pecho
 Ya no puedes cavar: llegaste al fondo. . . . !
 ¡Que campos tan inmensos son tus campos!
 ¡Que negros tus sepulcros y qué hondos!
 ¡Oh duda, horrible duda!
 Ya me queman las lágrimas el rostro!
 O salvas á tu víctima, ó la salvas,
 O dame su cadáver. . . ¡pero pronto!

XXXIX.

Mata la luz! á oscuras! que no vean
 Como logré un instante ser feliz:
 Esos desventurados, prenda amada,
 Solo saben reir!
 Si alguna vez surcaron sus mejillas
 A torrentes las lágrimas sin fin;
 Sabrán lo que es llorar; pero no saben
 Lo que es llorar por tí!

XL.

Voy á mandarte un libro con las hojas
 Muy tersas y muy blancas;
 Para que en él escribas, vida mia,
 Tu amor y tu esperanza.
 Yo tengo un libro con las hojas negras,
 Sin lustre y maltratadas,
 Pues todo lo que en ellas fué escribiendo
 Lo borrarón mis lágrimas. . .
 Si un dia de tu libro y de mi libro
 Se mezclaran las páginas,
 Qué misterios de amor sorprenderian
 Leyendo nuestras almas!

XLI.

“¡Que bellos son sus labios!” dicen todos. . . .
 “Su tez que bella y pálida!
 Cuando el rubor enciende su mejilla
 Tal parece que el sol enciende el alba!”
 “¡Qué bellos son sus ojos, qué belleza
 En la dulce expresión de su mirada!”
 Y añado para mí cuando esto escucho:
 ¡Qué bella será su alma!

XLII.

Si has de olvidarme un día,
 No correspondas á mi amor inmenso:
 Comprendo la verdad por lo inmutable;
 ¡Solo comprendo á Dios porque es eterno!

XLIII.

Hizo el Señor las estrellas
 Y las flores del granado,
 Mas no sé que hizo primero
 Si tus ojos ó tus lábios.

Ojos
 Bellos,
 Grandes,
 Negros,
 Luminosos,
 Hechiceros,
 Siempre dulces,
 Siempre inquietos;
 Vagando siempre afanosos
 Entre la tierra y el cielo;
 Buscando acaso una imagen,
 Tal vez una imágen viendo
 Que no existe,
 Que es un sueño,
 Voluptuoso,
 Placentero,
 Vago,
 Bello,
 Dulce,
 Tierno!

*
*
*

Labios
 Tersos,
 Puros,
 Frescos,
 Desdeñosos,

Lisonjeros,
 Ya callados,
 Ya risueños;
 Abiertos por un suspiro,
 Cerrados por un deseo;
 Sujetando en sus corales,
 Comprimiendo en el aliento,
 Como un canto,
 Como un eco,
 Cariñoso,
 Pasajero,
 Blando,
 Tierno,
 Dulce
 Beso!

XLIV.

Quando me hablan los hombres de esos seres
 Que en el combate de su amor murieron;
 Quando oigo referir su negra historia
 O en una negra página la leo;
 Divaga sin querer mi fantasía
 Y hasta la loza de sus tumbas vuelo,
 Y de rodillas sobre el duro mármol
 Que guarda aquellos desdichados cuerpos,

Me propongo esenchar algún sollozo
 Que turbe el hondo, sepulcral silencio....
 Y cuando al fin cansado nada escucho
 Y de esperar las esperanzas pierdo,
 Oigo como suspiros que se quejan,
 Cantos, palabras, armonías, besos....
 Pero no junto á mí ni allá en las tumbas,
 Sino encima de mí y allá en el cielo!

XLV.

En ese mar del mundo en que se agitan
 Lo mismo los pequeños que los grandes,
 Yo sé que has visto, palpitante el seno,
 Pasar un día mi velera nave.
 No sé si la siguieron tus miradas
 Por la vasta extensión de aquellos mares,
 Pero sé que ha de hundirse, que una hora
 Ha de llegar al fin, en que naufrague.
 Tal vez entonces tú sobre la playa
 Risueña, alegre, tus venturas cantes,
 Y ni aún verás pasar ante tus ojos
 Envuelto por las olas mi cadáver!

XLVI.

Las sombras de aquella noche
 Penetraron en mi alma;

Y rindió el sueño mis ojos
 Y el dolor mis esperanzas.
 Después entraste en mi alcohá
 Andando como tú andas,
 Con paso breve y tranquilo,
 Con magestad soberana.

Melancólicos acentos
 Gimió en mis manos el arpa;
 Y en una conción muy triste
 Te dije que te adoraba;
 Ni me miraste siquiera
 Y te reías callada,
 Burlándote de mis penas,
 Burlándote de mis ansias.

Volvi á cantar una endecha
 Que el corazón me dictaba,
 Con muy sentidos acentos,
 Con muy sentidas palabras.
 Y tú seguiste riendo,
 Inmóvil como una estatua,
 Burlándote de mis penas,
 Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano
 Y con voz entrecortada
 Te hablé de amor, como siempre,
 Algunas tristes palabras.
 Y tú nada me dijiste.
 Sí! dijiste que callara;

Y te marchaste riendo,
 Burlándote de mis ansias.

Después, al abrir los ojos
 Aquella alegre mañana,
 Miré tu imagen hermosa
 En el fondo de mi alma;
 Y recordando mi sueño
 Ahogué tu risa en mis lágrimas;
 Y me olvidé de tus burlas,
 Y me acordé de mis ansias.

XLVII.

Para embriagarme un día en la ventura
 Que soñaron mis locas esperanzas;
 Para hallar un instante de reposo
 Trás de la lucha del dolor amarga;
 Para que dejen de sonar tan tristes
 Las notas de mi arpa;
 Para que en un instante abarques todo
 El mundo de mi alma,
 Quisiera yo, bien mío,
 Que mi alma concentrara
 Todas mis esperanzas en un canto
 Y todo mi dolor en una lágrima.

XLVIII.

No puede ser, no puedo
 Olvidarte ni un día ni un segundo....
 Navegamos los dos, y el bajel mío
 Las ondas corta donde corta el tuyo.....
 Y ni alcanzarte logro, ni es posible
 Virar las velas y cambiar de rumbo!
 El mástil roto y el timón maltrecho,
 Tempestuosa la mar, el cielo oscuro,
 Y lejos ¡ay! de la remota orilla
 En las desiertas playas, el sepulcro.
 Cuando estaremos en el mundo solos!
 Cuando estaremos en el cielo juntos!

XLIX.

Soñadas alegrías,
 Risueñas esperanzas,
 Poéticos engendros,
 Que en dorado tropel mi mente abarca!
 Fugaces vibraciones,
 Arpegios, notas, cántigas,

Sollozos y armonías,
 Que le lleváis mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos
 Ropage, y forma y alma,
 Si solo sois para ella,
 Si solo sois sonididos y palabras;

Pedazos de mi vida,
 Fragmentos de mi arpa,
 Perdéos en el polvo,
 Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

L.

Cantando las golondrinas
 Frente á mi ventana pasan,
 Después de dormir la noche
 Bajo el techo de tu casa.
 Y yo me las quedo viendo,
 Siguiéndolas con el alma,
 Pues parece que con ellas
 Se me van mis esperanzas!
 ¡Quiera Dios que en el invierno
 Para siempre no se vayan
 Cantando las golondrinas
 Que por mi ventana pasan!

LI.

Tu sí serás feliz..... Llegará un día,
 Y el amor en el cáliz de una rosa,
 Acercará á tus labios el almíbar
 Qué de los labios de los dioses brota.
 ¡El cáliz que te daba
 Mi mano temblorosa,
 Entre hiel y entre lágrimas tenía
 De almíbar una gota!

LII.

Sobre esos sueños
 Que en un sollozo,
 Del alma inquieta
 Parten del fondo,
 Y en el espacio
 Toman contornos
 Indefinibles
 Y vaporosos,
 Sobre la nieve
 Que cubre en copos,
 De las montañas
 El régio trono;
 Sobre el ropaje
 Multicoloro
 Del ancho llano,

Del bosque umbroso;
 Sobre los mares
 Azules y hondos,
 Sobre las nieblas
 Que arroja el noto;
 Sobre esos mundos
 Que ven mis ojos,
 Del infinito
 Girando en torno;
 Envuelta en nubes
 Y rayos de oro,
 Volando pasas,
 Tú sobre todo!

LIII.

Me mandaste callar . . . tembló mi lábio
 Y te pidió perdón, y tu callaste . . .
 Ah! si mi corazón hubieras visto
 Aquel horrible instante!
 ¿Qué pasaba por mí? . . . dejó un momento
 En mis arterias de correr la sangre . . .
 Cegaron mis pupilas, y una sombra
 Me arrebató tu imagen!
 ¿En donde estaba mi razón, en donde?
 ¿En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?
 ¿Donde estaba la muerte que no vino